



# Patrimonio Cultural y Turismo<sup>1</sup>

Gloria López Morales

*Coordinadora Nacional de Patrimonio Cultural y Turismo  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA)*

---

<sup>1</sup> Comunicación cedida por la autora al Portal Iberoamericano de Gestión Cultural para su publicación en línea en la sección Análisis Sectoriales: Estudio Compartido sobre "Turismo y Cultura", junio 2003.

En todo el mundo la vigorosa diversificación basada en el reconocimiento de civilizaciones y mosaicos de culturas diferentes ha permitido dar pasos decisivos en la reflexión sobre el desarrollo. En diferentes pueblos se ha venido avivando la conciencia de que sus propios modos de vida constituyen un valor en sí, un derecho, una responsabilidad y una oportunidad. Todo esto dio lugar, entre otras cosas, a cuestionar el marco de referencia según el cual un sistema dado de valores tiene el monopolio para dictar normas supuestamente universales y para reclamar la autoridad exclusiva que impone sus propias versiones de la modernidad y del progreso. Culturalmente hay un mundo multipolar.

El papel central de la cultura en los procesos de desarrollo ha ganado en precisión y definición a partir de la reunión de Mondiacult, organizada por la UNESCO (México, 1982) que, entre otras cosas, sentó las bases para el lanzamiento del programa un Decenio Mundial de Cultura y Desarrollo (1987-1997), proclamado por las Naciones Unidas y que implicó a la comunidad internacional en su conjunto. De él emanó la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo que, a su vez, asumió el mandato específico de elaborar un informe que de manera fehaciente ratificara dos evidencias conocidas: por un lado, el crecimiento económico por sí solo no equivale a desarrollo; por el otro, a lo largo del tiempo, la capacidad creadora de la humanidad constituye la forma más certera de generar y acumular riqueza.

Esa acumulación de recursos materiales y espirituales representa la plataforma infalible para el progreso, concebido no sólo como la consecución de satisfactores inmediatos, sino como la pervivencia y transmisión de valores éticos que permitan convivir en condiciones de equidad y solidaridad. En ese caso, los bienes materiales son apenas un componente del bienestar individual y social y una parte relevante, pero no exclusiva, del desarrollo. Es así como el desarrollo basado en la cultura va más allá, en contenidos y objetivos, de la noción de crecimiento. La cultura concebida desde la perspectiva de la productividad se convierte en un arma eficaz en el combate a la pobreza, sirve también para acuñar un modelo de calidad de vida

basado en los valores éticos y culturales propios, distante de la simplificadora idea de posesión de bienes de consumo.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, llamado *Nuestra diversidad creativa*, establece pautas para seguir ahondando en el análisis y la investigación como medios de apoyo para superar largos decenios de búsqueda de soluciones exclusivamente económicas para remediar males sociales y desequilibrios cada vez mayores, tanto hacia el interior de los países como a escala internacional. No se puede hablar de desarrollo dejando de lado aspectos tales como equidad y pluralismo cultural e ignorando las diferentes maneras de concebir la felicidad, la calidad de vida o las metas colectivas de las diferentes sociedades. De ahí la necesidad de definiciones que obliguen a pensar en el desarrollo sobre bases culturales, un desarrollo sustentado en un patrimonio heredado y en la fuerza creadora de la gente para acrecentarlo, perpetuarlo, heredarlo y hacerlo sustentable a la par con el patrimonio natural.

El Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo permite seguir ahondando en un análisis y un trabajo que ayude a superar viejas concepciones, utilizadas durante largos decenios, hasta finales del siglo XX. No se puede hablar de desarrollo ignorando la justicia distributiva, menospreciando la creatividad humana y enalteciendo el imperio de los medios tecnológicos, perpetuando el predominio de un género sobre otro, coartando la diversidad de formas de expresión, y dejando de soslayo el papel de los niños y los jóvenes en la construcción del futuro. Si se ignora el peso decisivo de la herencia de los pueblos, expresada en el patrimonio cultural, o la relación intrínseca de la cultura con el medio ambiente, se deja de lado el recurso esencial para dar un paso hacia adelante. La voluntad para adoptar medidas adecuadas y actualizadas a fin de superar la visión simplista del desarrollo considerado limitativamente sólo como la acumulación y consumo de bienes materiales, se pone a prueba ejercitando el

pensamiento, el debate y la crítica, y se construye con políticas gubernamentales adecuadas y con acciones conscientes y comprometidas desde la sociedad civil.

Resultaba evidente que para llegar a la verdad sobre un desarrollo sostenible, había que trascender los conceptos puramente económicos. Se ampliaba así la idea misma del desarrollo al comprender que la economía por sí sola no podía servir de fundamento para un programa en pro de la dignidad y el bienestar de los seres humanos.

Actualmente, se han intensificado en el mundo esfuerzos muy significativos para la creación de instrumentos teóricos e indicadores que permitan medir el impacto y la magnitud de la contribución de la cultura en la economía de países y regiones. Al mismo tiempo, infinidad de iniciativas ahondan en esta cuestión que marca un giro completo en el análisis del desarrollo. Tanto a escala gubernamental como no gubernamental, y particularmente en el medio académico, surgen propuestas para cuantificar el peso que tienen el patrimonio histórico, la creación artística, las industrias culturales, las tradiciones y la innovación artesanal, el patrimonio industrial y también las reservas naturales para hacer prosperar a una nación. La constatación no deja de ser asombrosa, pues muestra que lejos de apoyarse en sus recursos naturales, como en el pasado, pueblos enteros viven ahora con base en sus recursos culturales. Y es que la idea de que el recurso natural o la producción fabril o agrícola eran la única fuente de ingresos para la supervivencia, se ha tenido que modificar radicalmente. Los caprichos del mercado internacional han hundido a las economías basadas únicamente en las materias primas. Hay por delante un camino de investigación aún muy largo, pero lo cierto es que la reflexión acerca del desarrollo basado en lo cultural parece ir en un sentido más integral y certero.

Es reciente el interés en asociar cada vez más los factores culturales a las políticas económicas y a las políticas sociales. Hay que observar, en ese sentido, los hallazgos y conclusiones que se desprenden de estudios sobre *el peso de la cultura frente al fenómeno turístico*. En efecto, resulta casi impensable hablar de turismo

sin hablar del patrimonio cultural creado a lo largo de la historia. El turismo es una de las actividades económicas más importantes de nuestro tiempo y las proyecciones indican que lo será aun más en el futuro y que, en su significado más esencial, se sustenta en la originalidad y diversidad de la oferta cultural, si ello se entiende como la apreciación de las diferentes formas de vida, en el más amplio sentido de la palabra, que conforman el rico mosaico de civilizaciones y regiones naturales del planeta Tierra.

La relación intrínseca entre cultura y turismo es la principal garantía de que la calidad y la derrama económica podrán ser recíprocas entre comunidad visitante y comunidad anfitriona. El turismo es uno de los principales vehículos de comunicación intercultural y, como tal, no puede ser visto sólo de manera unívoca, a modo de fuente de divisas. De hecho es mucho más que eso, ya que de él depende una cadena de acciones de índole social, cultural y productiva. La simbiosis existente entre el patrimonio cultural y natural y el fenómeno turístico ha dado lugar a una nueva relación entre ambos, con tal fuerza que hasta podríamos hablar de una nueva "industria del patrimonio".

Pero ¿cómo sistematizar la relación del turismo, en todas sus acepciones, con el patrimonio cultural? Muchos esfuerzos de tipo académico se están haciendo en ese sentido, esfuerzos que permitan adecuar, medir, cuantificar esta relación. ¿Cómo mostrar de manera irrefutable la forma en que lo cultural es la esencia de la actividad turística?, así ésta se presente como disfrute de la naturaleza. ¿Cómo usar el patrimonio histórico monumental o intangible con fines de desarrollo local? ¿Cómo demostrar el peso que en el PIB de un país tiene ese patrimonio cuando entra en sinergia con los flujos turísticos? El capital simbólico de México para potenciar el turismo está en el patrimonio cultural, aunque ese acervo visto escuetamente como materia prima, por mucho valor intrínseco que tenga, no es en sí un bien vendible. Para que una pintura rupestre, una fortaleza antigua o una fiesta local sean productos turísticos, hay que volverlos aptos mediante la creación

de infraestructuras, promoción, investigación, formación y otros requisitos que hagan del bien patrimonial un producto turístico.

Existe interés por comenzar a despejar esas interrogantes, y para ello sería preciso detenerse un momento en la noción de patrimonio cultural, cuya comprensión ha sido clave para entender por qué sobre él se apoya la noción de identidad, a la vez local y universal, y por qué se le considera como el motor que ha hecho avanzar a todas las civilizaciones que lo han ido creando, acumulando y transformando a lo largo de la historia.

En un principio, quienes se interesaron por el rescate y preservación del patrimonio cultural partieron de una idea aplicable casi exclusivamente a elementos materiales: vestigios arqueológicos, casas, palacios, templos, monumentos y hasta ciudades, pero por lo general piedras inanimadas que, sin duda, son un legado que habla y transmite mensajes de incalculable valor. Sin embargo, faltaba algo de igual o mayor importancia, algo que se transmite de padre a hijo, de generación en generación, de pueblo en pueblo, y que hace al individuo sentirse parte de la familia humana: las tradiciones, las leyendas, la música, la poesía, los saberes artesanales, las creencias, los ritos, en fin, todo aquello que constituye el patrimonio vivo y que de manera potente e indeleble confiere sentido de pertenencia a un grupo humano.

El patrimonio arqueológico y monumental ha sido una de las primeras áreas culturales a las que se ha reconocido un claro potencial económico. Muestra evidente de ello es que, ya en la década de los setenta, el PNUD y el Banco Mundial, que normalmente no se interesaban por esos asuntos, comenzaron a otorgar financiamiento para la restauración y conservación de edificios y ciudades históricas, y posteriormente también han apoyado el fomento del arte y de proyectos artesanales. Todas estas acciones fueron fácilmente justificables en términos de rentabilidad. En los centros históricos de muchas ciudades la reutilización de varios edificios debidamente adaptados para usos públicos, a menudo para museos,

hotelería o vivienda, ha venido demostrando la utilidad patrimonial en términos socioeconómicos, entre otras cosas porque ha permitido la recuperación, reanimación y progreso de comunidades enteras, entre otras cosas por su valor turístico.

Existen argumentos de sobra para afirmar que la preservación del patrimonio es rentable. Claro que esta afirmación no ha de inducir a errores por no saber interpretar hasta dónde llega el uso y disfrute tanto de los bienes patrimoniales tangibles como de los intangibles, sin incurrir en distorsiones de índole mercantil o abuso. El patrimonio no puede ser desvirtuado ni sus valores esenciales puestos en función de fines comerciales, si asumimos que la cultura que recibimos tiene valor pero no tiene precio. No en vano observamos cómo este hecho se ha vuelto objeto de estudio sobre todo para evaluar la contribución fundamental que la riqueza patrimonial derrama en la formación de la conciencia y los valores nacionales, pero también para atraer corrientes de turistas que quieren conocer esa riqueza en un país.

Hay que reflexionar en que además del solaz y el descanso, llevarse una muestra de la creatividad autóctona, un disco con música del lugar, una cajita de madera, una delicada prenda bordada, es regresar a casa con un pedazo del alma del pueblo que se visitó. A la vez, hay que pensar en cuántos resortes se movieron para que eso fuera posible, cuántas manos se afanaron, cuántos materiales fueron necesarios, cuántas familias encontraron ocupación, empleo y modo de expresar su sabiduría y su imaginación. Las artes populares son un soporte fundamental que hace que el que practica el turismo, al tiempo que satisface una necesidad anímica, mueve prácticamente todos los mecanismos que dinamizan el desarrollo.

La convención sobre Protección del Patrimonio Cultural y Natural de la Humanidad marca un hito fundamental en la valoración y promoción de los bienes culturales y tuvo impacto inmediato en gobiernos que comenzaron a percatarse de la necesidad

de formular políticas claras sobre las riquezas patrimoniales de las naciones. Surge de la convención la lista de sitios de patrimonio mundial, que significó un paso gigantesco porque implicaba ir mucho más allá del reconocimiento de un bien de valor universal. Significaba crear conciencia en las autoridades sobre la necesidad de empeñarse en su salvaguarda y promoción, y responsabilizar a gobernantes y gobernados sobre la obligación de custodiar un legado que ha de seguir transmitiéndose hacia el futuro. Más aún, implica serias tareas de educación que faciliten a la ciudadanía la cabal comprensión de b que significa el patrimonio histórico-cultural, que es el que contribuye a perpetuar la memoria, a mantener el hilo de continuidad y de cohesión de los pueblos pertenecientes a una civilización. Es, en suma, con base en el patrimonio que la comunidad puede fundar el orgullo legítimo de su identidad y pertenencia a una cultura común.

Sin embargo, se habla mucho de educar a las poblaciones locales en el aprecio y cuidado de sus riquezas culturales, de sus tradiciones, en la preservación de su memoria histórica, pero se tiene también que hablar de la necesidad de educar al turista/visitante en el respeto de lo que se ofrece para su disfrute. Esto no se da de manera espontánea, se logra con programas adecuados, con leyes, con reglas consensuadas, producto de consultas amplias en las que el usuario, el que ofrece el producto y el que gobierna consideren el interés común.

Además, la pertenencia a la lista del patrimonio mundial le da al bien inscrito un valor agregado incalculable. Mencionar la cantidad de casos en los que la inscripción de un monumento, una ciudad o una reserva de la biosfera ha representado un verdadero despegue para la valoración y disfrute del sitio, con sus consecuentes secuelas de índole económica, es materia para un tratado que ya tendría que ser escrito. En la mayoría de los casos los resultados han sido espectaculares. La dinámica que se genera cuando una ciudad, un palacio o un caserío son equiparados en valor simbólico y real a lugares paradigmáticos de altas civilizaciones como la egipcia, la griega o la maya, inmediatamente dispara un dinamismo que derrama

grandes beneficios en cadena, con base en la plusvalía que da el hecho de pertenecer a la lista del patrimonio mundial.

Este privilegio implica derechos y obligaciones, pero sobre todo, una serie de ventajas. Tal vez la más importante tenga que ver con el turismo. El efecto que implica pertenecer a la lista confiere al sitio, o a la manifestación cultural, una visibilidad inusitada y resalta su valor de manera inmediata. He ahí el sello indiscutible que hace que el contacto con el bien patrimonial se vuelva a la vez deseable y redituable en muchos sentidos. Sin embargo, no hay que soslayar que esas ventajas implican también riesgos, ya que, por un lado, si el bien no es expuesto a la contemplación y disfrute de la gente, pierde su razón de ser, pero por el otro, el reto consiste en conservarlo al tiempo que quienes lo contemplan le dan sentido, recogen su mensaje y, con ello, le dan vida.

Pero, ¿cómo evitar que las pirámides, los templos, los bosques sagrados, las ciudades preservadas durante milenios acaben hechos polvo bajo las pisadas de tropes de visitantes, o desvirtuados en sus valores simbólicos y espirituales? Está claro que los guardianes del patrimonio deben ser tanto los anfitriones como los turistas, ése es uno de los deberes implícitos en la noción de patrimonio común. No hay que olvidar que el mejor vehículo de la interculturalidad y del enriquecimiento recíproco de los pueblos se da, o debería darse, justamente a través del *turismo cultural*. La actividad turística debería desechar de más en más el enfoque que consideraba al anfitrión como un receptor pasivo y, por contraste, al visitante como un agente activo que aporta divisas, cosa que es, a menudo, mera ilusión.

El turismo, visto desde un enfoque cultural, es un "toma y daca", un intercambio entre varios actores que tiene consecuencias económicas nada desdeñables, sobre todo en la medida en que alcance la más alta calidad. A todos los actores que en él intervienen les interesa que se dé en condiciones de paz y seguridad. La violencia social y las inequidades son los mayores enemigos para su florecimiento, de ahí que

sea de interés de unos y otros basarlo en premisas que garanticen beneficios equitativos para todos los que en él intervienen.

El clima apropiado para el turismo cultural es aquel propiciado por políticas que preserven, normen y promuevan el patrimonio, y que fomenten la creatividad de la gente, que representa el patrimonio vivo máspreciado. Artes, tradiciones, culturas populares, festividades, ritos, costumbres, riqueza gastronómica, disfrute de la naturaleza, constituyen un acervo cuya pervivencia no puede ser dejada a los caprichos del azar. Los países más desarrollados del mundo lo han comprendido perfectamente y lo mismo cuidan sus catedrales que sus museos, sus vinos o su moda, o fomentan el arte y promueven un paisaje rural. Todo eso forma parte de su cultura y no en pocas ocasiones se ha vuelto fuente principal de su riqueza y bienestar. Por tanto, englobados en el concepto de paisaje cultural deben quedar incluidas la creación humana y la naturaleza con toda su diversidad, su originalidad y su riqueza. Ese patrimonio, que es un todo, es el que idealmente debería ponerse como destino aquel que evade su cotidianidad para ir al encuentro con lo desconocido, con lo diverso, con lo que, consciente o inconscientemente, le aporte un valor de carácter espiritual aunque, en principio, ése no haya sido el objetivo de su viaje.

Creo que sobre esas bases podemos afirmar que todo turismo, en la medida en que signifique un desplazamiento hacia el mundo del otro, representa una experiencia de carácter cultural.

Con argumentos de sobra se puede asegurar que es imposible prescindir del sustento cultural para aumentar en calidad y cantidad el turismo, así como para diversificarlo, y hay que apoyarse en él de manera cada vez más amplia y confiada en la medida en que la oferta mejore. Turismo habrá mientras la diversidad cultural se mantenga y el mundo no devenga en un magma indiferenciado de *shoppings* y *fast food*. La cultura es el antídoto contra esa perspectiva y el turismo es el

fenómeno facilitador para que los contactos a través de ella se vuelvan más fecundos y más provechosos desde el punto de vista económico. Es pues de gran interés para la nación que quienes intervienen en el turismo y quienes se ocupan del patrimonio cultural se entiendan entre sí lo mejor posible.

Las lecciones aprendidas desde los países desarrollados que incorporaron tempranamente los recursos culturales al resto de sus economías, sobre todo a partir de la segunda Guerra Mundial, deben ser asimiladas por aquellos que buscan avanzar por vías actualmente obsoletas o impracticables. Muchas de esas enseñanzas dan respuesta a preguntas que en México los especialistas se siguen planteando: ¿cómo fomentar un turismo interesado en el patrimonio cultural y natural, respetuoso de las identidades locales? ¿Hasta qué punto la industria turística, con sus efectos multiplicadores en vastas ramas de la economía, tiene la incidencia deseada en la creación de empleo y representa el estímulo que impulse mejoras en la infraestructura y los servicios de un país? ¿Es posible conciliar las políticas turístico-culturales a nivel intersectorial e institucional en este país? ¿Cómo lograr que el gobierno deje de ver a la cultura como una carga para el erario y la considere más bien como una de las inversiones más rentables frente a la necesidad de fomentar un turismo de mucha calidad, competitivo y rentable? ¿Cómo lograr que los presupuestos del Estado se expresen en concordancia con la importancia de la cultura como generadora de riqueza y como atractivo turístico?

Ya sea en el ámbito gubernamental o en el privado, los retos actuales aconsejan encontrar una plataforma común, una verdadera sinergia entre turismo y cultura, una alianza estratégica que responda a los planes de desarrollo de ambas ramas, como elementos de un mismo tronco, porque no cabe duda que ambas se retroalimentan. Es bien sabido que las civilizaciones se han enriquecido con el itinerar de individuos y grupos y que, de no haber existido a lo largo del tiempo los viajeros y los intercambios culturales y comerciales, éstas se irían agotando en sí mismas. De esa interacción nace uno de los conceptos más productivos y de mayor

futuro que existe en términos de turismo cultural, se trata de la noción de las grandes rutas que la UNESCO lanzó a partir de la Ruta de la Seda y que luego ha tenido expresiones como la del Mundo Maya, la Ruta del Barroco, la de las Misiones Jesuíticas en Sudamérica y otra serie de proyectos que no han hecho más que atisbar el enorme caudal temático y geográfico que puede convertirse en un producto turístico potencialmente inagotable. En las rutas culturales existe una mina aún inexplorada.

Otra reserva de riqueza incomparable en México está en la creación artesanal y en la variedad gastronómica, que representan atractivos con traducción económica de la mayor relevancia. Este hecho es reconocido, pero es menester que los gobiernos le otorguen, en sus políticas de desarrollo, el debido rango por su significado cultural y no sólo como hechos productivos, a la par de cualquier otra actividad de ese género. Todo plan de acción institucional tendría que abordar enfáticamente este aspecto, que encarna una de las manifestaciones más patentes del desarrollo basado en el patrimonio y la creatividad. Esto nos permite afirmar, en suma, que el turismo cultural es una de las vías privilegiadas para resocializar la economía y para incrustar en las estructuras económicas los componentes que la cultura aporta al desarrollo económico.

La inclusión de sitios del patrimonio histórico-monumental y la incorporación del patrimonio intangible en el repertorio para el disfrute turístico, representa la clave para dar el salto cualitativo que el turismo mexicano necesita, no sólo para lograr la excelencia en ese campo, sino para entender que si el desarrollo no toma en cuenta los factores culturales, correrá el riesgo de verse frustrado. Es ilustrativo pensar en países cuyo producto interno bruto se basa en buena medida en las industrias culturales, en otros que viven de sus sitios históricos, o en otros más que lo hacen depender de su prestigio en la moda, o en su caudal de creación artística o artesanal. El patrimonio visto así, es un bien explotable, a menudo más valioso que

los metales, las piedras preciosas, el petróleo, o la caña de azúcar. Como tal, el patrimonio cultural es un sustento fundamental para los procesos de desarrollo.

Vista bajo esta perspectiva, la idea de que la cultura es un recurso en sí misma y a la vez es generadora de otros recursos, aparece como algo irrefutable. En este nuevo siglo se nota con fuerza cómo cada pueblo ve la necesidad de afirmar el valor de su cultura, de su patrimonio múltiple que, por cierto, no se calcula sólo en términos materiales. Cada pueblo ha venido afirmando también valores que, siendo propios, coinciden con valores universales característicos de una ética global. Redondeando el razonamiento, es preciso decir que el patrimonio hoy está destinado a sacar al turismo del callejón sin salida de la venta de productos no sustentables y que en el siglo XXI la alianza entre turismo y cultura podrá ser vehículo de fecundos intercambios culturales, medio de prosperidad material, vector de valores humanos y modo digno e insuperable de bienestar social.